

JORGE LUIS BORGES, IDENTIDAD PERSONAL ¿SUEÑO O REALIDAD?

Cristina Bulacio. Universidad Nacional de Tucumán

El decir poético pensante de Borges conjuga, de modo magistral, el rigor de los razonamientos filosóficos con la libertad que le otorga la obra de ficción. Esa mixtura de filosofía y obra poética, de pensamiento puro y consideraciones literarias, le permite jugar con la ambigüedad y aceptar la contradicción en sus argumentos. Con innegable perfección ha puesto de manifiesto, a través de muchos de sus cuentos y poesías, las dificultades teóricas y a veces existenciales de la experiencia de la identidad personal.

Este trabajo se detendrá en el sentido de la identidad personal, desde el punto de vista ontológico –a veces también psicológico– en algunos momentos de la obra de Borges, sin ánimo de agotarla. El saberse uno y el mismo en el transcurrir temporal y la dificultad de ponerlo en conceptos claros, es un asunto recurrente. A pesar de los cambios corporales, mentales y psicológicos que sufre el sujeto a lo largo de su vida, se reconoce como el mismo desde la niñez hasta su muerte. ¿Es ello la identidad? «*Siempre que se habla de lo real se habla de lo idéntico*», dice Ferrater Mora.

Hablar acerca de la identidad personal nos exige, en primer lugar, puntualizar los órdenes de realidad de los que se habla. Viejo tema de la filosofía que preocupó al hombre desde sus orígenes, tiene diversas vertientes, todas interesantes y problemáticas. Con la indagación sobre la identidad siempre se jugó algo misterioso y profundo. La clásica pregunta de la antropología filosófica, ¿qué es el hombre? busca ser contestada en esa dirección.

Se puede hablar de identidad en sentido lógico, psicológico, u ontológico. Identidad en sentido lógico, a los fines que nos ocupa, es una fórmula vacía $A=A$ y, en líneas generales, es vista como un reflejo del ontológico. En sentido psicológico tiene que ver con el sujeto como autoconsciente de su unidad y permanencia en un transcurrir temporal y responsable de los actos que de él emanan. En sentido ontológico, que puede ser formal o metafísico, alude a algo más profundo y abismático. Ello se debe a que, como lo vio Kant, la *razón teórica* no puede demostrar el sustrato metafísico de la identidad. Kant propone la identidad como un postulado de la razón práctica, exigida por la inmortalidad del alma.

Podemos encontrar semejanzas con la experiencia del tiempo, como la viviera San Agustín. En nuestra existencia habitual tenemos la total certeza que somos *uno* que se despliega en múltiples actos y todos refieren a un centro que es el yo. Cuando nos preguntamos por esa identidad, nuestras seguridades comienzan a trastabillar. ¿Efectivamente somos uno y el mismo?, ¿Hay identidad en los sueños?. La identidad ¿tiene que ver con lo espiritual o lo mental exclusivamente? ¿Si se pierde la conciencia se pierde la identidad? ¿Significa que el cuerpo es sólo un contenedor de lo mental?

¿La memoria posee suficiente fidelidad para garantizar la permanencia de lo mismo? ¿El paso del tiempo afecta a la identidad? Preguntas y preguntas, la mayoría sin respuestas ciertas. La filosofía sabe de preguntas pero no siempre de respuestas. Al hablar de la identidad personal no podemos evitar nombrar en el terreno filosófico a Hume, quien disuelve el yo. Desde otro óptica, Leibniz enunció el principio de los indiscernibles. Gabriel Marcel realizó finos análisis de la estrecha y casi misteriosa relación entre el sentir corpóreo y el yo. Paul Ricoeur distingue entre subjetividad e ipseidad. Karl Popper y John Eccles, piensan la identidad personal como un núcleo de permanencia del yo, enlazada a la conjetura de la interacción entre la mente y el sistema nervioso central.

Por su parte, la literatura nunca fue mezquina con este tema. Sólo para mencionar algunos y si queremos buscar filiaciones, recordemos que Borges se confiesa inspirado por Stevenson. Desde el psicoanálisis Otto Rank a estudiado la presencia del doble en varias culturas. En la literatura contemporánea, Unamuno ha tratado el tema del desdoblamiento. Y Pirandello en *Uno, ninguno, cien mil*, bucea a fondo en la identidad personal y perfila en ella ese punto de no retorno que significa tratar de reconocerse como uno y el mismo para sí y para los otros.

Sintetizar la identidad es decir que : *lo real debe ser idéntico a sí mismo* . Parménides es el gran exponente. Ahora bien, esto nos pone en la pista de que la identidad es una exigencia del funcionamiento de la razón. Le es necesario reducir la multiplicidad a lo idéntico en el tiempo para poder apresarlos en las redes racionales. Jean Wahl nos hace notar que en los inicios, contra el devenir, «*cuya idea casi no pudo soportar*»¹, el hombre buscó las permanencias y creó los conceptos de sustancia, esencia, forma ,ser.

Identidad y sueño:

En la obra borgeana, el tema de la identidad está fuertemente tejido con la filosofía idealista de Berkeley y el empirismo de Hume. Recordemos que para Borges los argumentos con los que el filósofo inglés disuelve el yo en un haz de impresiones, tienen una cierta fascinación. Muchas veces recrea con ellos un sugerente juego de ficción y realidad. El argentino, bajo esta tutela, diluye la identidad en reflejos especulares o en la duplicación de un sujeto que se enfrenta a su doble, en distintos tiempos y espacios o en un mismo espacio, en mundos paralelos. Casi siempre lo *onírico* es el escenario en el cual se desarrollan los acontecimientos. El sueño y los espejos, reproducen de algún modo los seres y, por momentos, ambos pueden generar esa disociación que, como en un juego, pone en evidencia la dificultad de la tarea del pensamiento puramente racional. La identidad, en sentido ontológico, parece residir en la unicidad de la existencia misma; se trata de un experimentar un núcleo último e ineludible de la personalidad del sujeto, más que un pensar sobre él. De ahí la dificultad de su explicación.

Borges² tiene múltiples textos que abordan el tema del sueño y el de la identidad

¹ Jean Wahl, *Tratado de Metafísica*, F.C.E., México, 1960. Segunda parte.

² Jorge Luis Borges, *Obras Completas*, Emecé, Buenos Aires, 1974, en adelante Tomo I (éste incluye el I y II de la última edición de Emecé); Tomo III, María Kodama y Emecé, Buenos Aires, 1989; Tomo IV, Emecé, Barcelona, 1996; *Obras Completas en colaboración*, Emecé, Buenos Aires, 1991; *Textos Recobrados*

en íntima relación aunque con diversos matices, como *El Otro*; *Las ruinas circulares*; *Everything and Nothing*; *25 de agosto de 1983*; *La Memoria de Shakespeare*; *Ein Traum* y *Borges y yo*, por nombrar sólo algunos, y múltiples poesías en las que la belleza y perfección de sus versos apenas logran acallar los ecos de un inevitable desasosiego que inquietan al lector desprevenido ante ciertas evidencias.

Veamos los textos. En *El Otro*, Borges se encuentra sentado en un banco frente al río Charles en Cambridge, Boston. En el mismo banco se sienta un desconocido que silba una canción familiar para él. Ello los hace iniciar una conversación que tiene rasgos alucinantes. Borges viejo se encuentra con Borges joven. En el transcurso de la conversación salen a luz las extrañas coincidencias de sus vidas. Uno esta en Ginebra y el otro en Boston. Dos tiempos y dos espacios distintos. Borges viejo insiste en que son el mismo. El joven responde:

«No... Si yo lo estoy soñando, es natural que sepa lo que yo sé». Ante ello el viejo señala: —«Si esta mañana y este encuentro son sueños, cada uno de los dos tiene que pensar que el soñador es él. Tal vez dejemos de soñar, tal vez no. Nuestra evidente obligación, mientras tanto, es aceptar el sueño, como hemos aceptado el universo y haber sido engendrados y mirar con los ojos y respirar».

El joven «¿Y si el sueño durara?»

El viejo —«Mi sueño ha durado ya setenta años. Al fin y al cabo, al recordarse, no hay persona que no se encuentre consigo misma. Es lo que está pasando ahora, salvo que somos dos».

Se piden una prueba de ser los mismos pero otros. El viejo repite un poema que el joven aún no lo conoce. Y concluye:

«Éramos demasiados distintos y demasiados parecidos. No podíamos engañarnos, lo cual hace difícil el diálogo. Cada uno de los dos era el remedo caricaturesco del otro... Aconsejar o discutir era inútil, porque su inevitable destino era ser el que soy»³.

En este caso quizás es el sueño del joven el *fundamento de la existencia del viejo*. Por el contrario, él lo vio en la vigilia. Hay casi cincuenta años de diferencia entre ambos. Queda en pie la duda de cuál de los dos es el soñado y cual el real. Sin embargo, siguen siendo dos.

En *Las ruinas circulares*⁴ se produce el mismo fenómeno. En este caso, un hombre concibe la idea de engendrar un hijo al que dará vida en sus sueños. Tiene éxito en su empresa, pero descubre, con desesperación, que él, el soñador, es también soñado por otro. Su consistencia es onírica y su identidad, en este caso, reside en el otro que lo sueña. No sabemos si existe un soñador original. Hay un encadenamiento sin fin de soñadores que sueñan a otros y en ese sueño le otorgan su ser. La condición no sólo de criatura, en tanto su ser lo debe a otro, sino de soñado, que nos sugiere Borges, tiene algo de abismático y fantasmal.

1919/1929, Emecé, Buenos Aires, 1997. (en adelante O.C)

³ O.C. Tomo III, *El libro de Arena*, p. 12

⁴ O.C. Tomo I, *Ficciones*, p. 451

En cualquier caso el problema de la identidad es una paradoja. Si la identidad exige un núcleo existencial que muerda la realidad y la existencia es soñada por alguien, no hay ninguna garantía de la realidad de ella. ¿Dónde se detiene esta cadena? ¿Cuál es la verdadera prueba de la existencia real y por tanto el corazón de la identidad? Parece ser un punto ciego. Identidad y realidad son la cara y contracara de una misma verdad. Si se acepta la tesis borgeana de la condición onírica de la existencia del hombre, se nos escapa de las manos no sólo la identidad sino, tras ella, la realidad misma.

Identidad y contingencia:

Borges, cuando acepta la existencia de la realidad, deja un resquicio para la duda en lo concerniente a la condición de la identidad personal. Con gran maestría logra conmover los antiguos cimientos filosóficos en los que reposa el hombre occidental. El carácter contingente de la existencia personal aparece aquí en toda su magnitud y con ella, el de la identidad. Insiste en las tesis idealistas que por momentos hace completamente suyas en *Nueva Refutación del Tiempo* :

«Lo repito: no hay detrás de las caras un yo secreto, que gobierna los actos y que recibe las impresiones; somos únicamente la serie de esos actos imaginarios y de esas impresiones errantes. ¿La serie? Negados el espíritu y la materia, que son continuidades, negado también el espacio, no sé que derecho tenemos a esa continuidad que es el tiempo»⁵

En *El inmortal* sostiene con patetismo: *Ser inmortal es baladí... Nadie es alguien, un solo hombre inmortal es todos los hombres*. La identidad, en este caso, parece acercarse mucho a la contingencia y a la temporalidad. Lo único e irrepetible tendrá visos de ser real e idéntico a sí mismo. Borges destaca la gloria y la miseria, al mismo tiempo, de la finitud y contingencia del hombre. Justamente, por su carácter finito, por experimentar el sino devastador del tiempo, el hombre se esfuerza en superarse. Son sus límites los que lo impulsan a ir más allá de sí, a crear, y así conocer la grandeza, la aventura, el éxito y el fracaso. Los inmortales, por el contrario, *«juzgando que toda empresa es vana, determinaron vivir en el pensamiento, en la pura especulación»⁶*

La muerte hace preciosos y patéticos a los hombres, asevera Borges. La inmortalidad, les resta aquello de único y azaroso de la condición humana. Si su tiempo no tiene límites, los desafíos no existen, sus experiencias podrán repetirse como en interminables espejos. ¿Cuál es nuestra identidad? ¿Quiénes somos realmente? ¿Qué valor puede tener la eternidad si nos hace ser todos y nadie? ¿Hay algo sustancial debajo de las apariencias, del transcurrir temporal, de los inevitables cambios en la persona? ¿Existe un núcleo personal y único que cobra valor, precisamente por su unicidad y finitud? Entramos en el ámbito del misterio.

⁵ O.C. Tomo I, *Otras Inquisiciones*, pág.761

⁶ O.C. Tomo I, *El Aleph*, p. 540

La existencia individual no cuenta con fundamentos metafísicos que la garanticen, en la obra de Borges. Si bien puede haber un Ser supremo, de él poco o nada se sabe, es un Dios desentendido de los avatares del mundo. Nuestro ser pende de un hilo, pero ese hilo no tiene quien lo hilvane. La condición de criatura cobra aquí dimensiones abismáticas. Somos y podemos dejar de ser con el mismo grado de probabilidad.

La presencia de Dios, entonces, no otorga seguridad ni realidad a sus criaturas. Por el contrario, a menudo aparece su figura como lejana e incognoscible y quizás, hasta inexistente. Y por tanto sin entidad ontológica. Es sólo una conjetura. Dice Borges en *Baruch Spinoza*:

«Alguien construye a Dios en la penumbra./ Un hombre engendra a Dios... Desde su enfermedad, desde su nada,/ sigue erigiendo a Dios con la palabra»⁷.

El recurso a lo onírico es a menudo una figura literaria de vieja data para aludir a la insoportable levedad de la existencia, a la dimensión de lo contingente en el punto extremo en que la contingencia no es sólo lo contrario de la necesidad, sino lo que se evapora en una inasible entidad apenas soñada.

Identidad y lenguaje.

Ello confirma nuestra tesis, analizada en otros trabajos sobre este autor, de la distancia entre realidad y lenguaje. La realidad no puede ser apresada con el lenguaje porque, si bien existe, es incognoscible, el universo entero lo es, por tanto, y con más razón, el propio yo es insustancial e inapresable. El lenguaje es útil para configurar una realidad caótica e inasible; pero no es la descripción exacta de un plano ontológico. Contrariamente a lo que sostiene Juan Nuño, creo que Borges no ve en los nombres «*al inalienable y definitiva virtud denotativa de las cosas*»⁸. El nombre propio o la palabra yo, son términos que apuntan a un núcleo irreductible de la existencia que difícilmente es recogida con una palabra. Entonces, si la palabra no tiene una función denotativa rígida ¿a qué apunta el vocablo yo?

Pero identidad, lo definimos antes, es *lo real como idéntico a sí mismo*. La pregunta que queda flotando es ¿idéntico a qué? ¿Cuál de los dos es real en los encuentro de dos Borges, o en el padre que sueña a su hijo?. Se trata de un laberinto. A medida que indagamos en la identidad personal, penetramos en un laberinto de espejos, múltiples reflejos nos hacen pensar que hemos apresado lo real, la identidad, para constatar al fin, que no hay salidas posibles, no hay un algo sustancial al cual ser idénticos.

Como lo dijimos ya, si bien Borges se apega por momentos a los principios de la filosofía idealista de Berkeley, en otros, acepta abiertamente la existencia de un universo que nos desborda y existe más allá de nuestra conciencia. El orden de la conciencia y el de la objetividad del mundo coexisten, pero no se encuentran entre sí en una síntesis posible en la obra borgeana. Por otra parte, ese vaivén entre la afirmación del yo y su nadificación, tiene, íntimamente, una extraña solidaridad,

⁷ O.C. Tomo III, *La Moneda de Hierro*, p. 151

⁸ Juan Nuño, *La Filosofía de Borges*, F.C.E., 1986, p. 91

como si, en el límite, aceptara nuestro autor, como una fatalidad, la existencia real de su yo apresado en la temporalidad. Se trata de un juego entre lo uno y lo múltiple. No soy el que creo ser, soy los otros, a veces soñado, otras, los que lo anteceden, y en tanto los otros, como un yo, no soy nadie.

Identidad y memoria

El papel de la memoria es decisivo en este asunto. Borges lo aborda en *La memoria de Shakespeare*, en el cual el narrador recibe como obsequio la memoria del escritor inglés. Ésta fue invadiendo la suya lentamente: «*Advertí con temor que estaba olvidando la lengua de mis padres. Ya que la identidad personal se basa en la memoria, temí por mi razón*». Sólo hay identidad si se sabe que la hay. Este saber, que es racional, a su vez, sólo tiene sentido si la memoria perdura. También aquí aparece lo onírico como el horizonte en el cual se desarrolla el cuento. Nunca perdió del todo esa memoria ajena de la cual quiso fervientemente desprenderse y en la postdata dice: «*[...] pero en el alba sé, alguna vez, que el que sueña es el otro*»⁹.

Identidad y doble

En *Borges y yo*, una pequeña obra maestra de los años 60, está planteado el tema de la identidad dramáticamente. Con toda lucidez Borges se escinde en dos sujetos, cada uno de los cuales es responsable de su propia vida. El narrador es el que piensa y alimenta con sus pensamientos la obra del otro. Mientras el otro recoge los aplausos y las glorias que le brinda esa tarea. Aquí la identidad se nos presenta mas bien con esa ambigüedad propia de lo humano, la dicotomía entre una existencia concreta y cotidiana poblada de sueños y desafíos y la futilidad de la gloria y el reconocimiento público de esa misma persona. Termina diciendo «*No sé cual de los dos escribe esta página*»¹⁰.

En *25 de agosto de 1983*, es el joven el que narra la historia. El joven encuentra al viejo y en este caso se reconoce como el que será en unos años más. Reitera el ámbito onírico, su constante horizonte, en el cual ocurren las cosas y este encuentro. Todo sucede en un sueño. «*Qué raro –decía– somos dos y somos el mismo. Pero nada es raro en los sueños*»¹¹. Uno tenía 61 años, el otro 84.

El tema que introduce aquí es el del doble, que Borges extrajo de Stevenson y de su fascinación por los espejos. Se pregunta:

«*¿Quién sueña a quién? Yo sé que te sueño, pero no sé si estás soñándome. –El soñador soy yo, dice el más joven. A lo que contesta el otro: No te das cuenta que lo fundamental es averiguar si hay un solo hombre soñando o dos que se sueñan.*»

Se entabla un diálogo patético entre ambos. El viejo siente la proximidad de su muerte y reflexiona sobre sus desdichas y fracasos; el joven no desea verlos anuncia-

⁹ O.C. Tomo III, *La memoria de Shakespeare*, pp. 398 y 399

¹⁰ O.C. Tomo I, *El Hacedor*, p. 808

¹¹ O.C. Tomo III, *La Memoria de Shakespeare*, pág. 377

dos porque son su porvenir. El joven se niega a reconocerse en esa cara que es la suya, en esa voz que le pertenece, en esos gestos que serán de él en un tiempo más. Finalmente, el viejo muere al momento de decirle que, cuando lo vuelva a soñar, él será el viejo que sueña al más joven.

La identidad, en este caso, se vela con la presencia de un doble. ¿Cuál de los dos es el verdadero o mejor decir el real? Quizás, ni uno ni otro. Ellos se sueñan mutuamente, por tanto carecen de identidad en el sentido que le dimos: lo idéntico a sí mismo. Si la identidad ontológica de un hombre pende del mundo onírico de otro, se diluye en algo insustancial.

Identidad y sueños sin soñadores

En la poesía titulada *Ein Traum*¹² da un paso más en esta disolución de la identidad. Kafka sueña a su mujer y a su amante. Ellos a su vez, lúcidos habitantes de un sueño, razonan: *«Si pecamos Kafka dejará de soñarnos»*. Y agrega un ingrediente que lleva la razón a su límite, asunto a los que está acostumbrado Borges. Kafka se dijo: *«Ahora que se fueron los dos, he quedado solo. Dejaré de soñarme»*. Así, el soñador es el responsable de su propia existencia y ésta, tanto como la identidad, dependerán de su voluntad. Juan Nuño, con mucha lucidez, nos muestra que *«la fórmula clásica berkeleyana (esse est percipi) más bien quedaría reducida a esse est somnio»*¹³.

En otro de los textos que elegimos, *Everything and Nothing* de 1980, también es Shakespeare el motivo de la reflexión. Borges avanza hacia el borde del abismo y lo describe así: *«Nadie hubo en él; detrás de su rostro... no había mas que un poco de frío, un sueño no soñado por alguien»*. La condición de actor, del personaje, le permitió ser alguien en cada representación llevada a cabo a lo largo de su vida. Pero, al morir, le ruega a Dios ser *uno y yo*, a lo que Dios le responde:

*«Yo tampoco soy; yo soñé el mundo como tú soñaste tu obra, mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estás tú, que como yo eres muchos y nadie»*¹⁴.

Como es habitual en Borges, sus escritos suscitan paradojas intelectuales que sorprenden al lector.

En los textos citados, como lo dice Quilliot, se entrevé la hipótesis vertiginosa de un sueño sin soñador, de una apariencia universal detrás de la cual no se encuentra más que la pura nada. Y razona: *«Par contraste, ce qui distingue le baroque borgésien, c'est son pessimisme angoissé, et sa profonde sincérité métaphysique. Borges ne joue pas, il ressent au plus intime de lui-même le caractère déroutant et comme onirique d'une existence où s'accumulent paradoxes, symétries mystérieuses et coïncidences inexplicables»*¹⁵.

Efectivamente, este es un tema entrañable a Borges. La levedad y contingencia de la existencia individual sólo es comparable a la consistencia del sueño. Ello trae

¹² O.C. Tomo III, *La Moneda de Hierro*, p. 154

¹³ Juan Nuño: Op.cit. p. 96

¹⁴ O.C. Tomo I, *El Hacedor*, pp. 803 y 804

¹⁵ Roland Quilliot, *Borges et l'étrangeté du monde*, Presses Universitaires de Strasbourg, 1991, p. 88

consigo aparejado otro problema. El sueño puede ser de un sólo individuo que sueña el universo o el de múltiples sujetos que se sueñan mutuamente. No hay manera de saberlo, como no sabremos nunca a ciencia cierta (Chuang Tzu) si somos un hombre que sueña ser mariposa o una mariposa que sueña ser un hombre. En su contundente refutación del tiempo dice:

«Si las razones que he indicado son válidas, a ese orbe nebuloso pertenecen también la materia, el yo, el mundo externo, la historia universal, nuestras vidas»¹⁶.

Lo cierto es que, si el universo aparece en su obra, muchas veces como irreal, otras se presenta como existente pero caótico e incomprensible. La condición de soñante lo libera, al menos aparentemente, del dolor de la existencia.

En este presupuesto idealista con el cual él juega, la temporalidad es la única esencia de lo soñado. Pero el tiempo, tanto como lo real, hecho de temporalidad, también puede evaporarse en argumentaciones racionales. *«El tiempo, si podemos intuir esa identidad, es una delusión: la indiferencia e inseparabilidad de su aparente ayer y otro de su aparente hoy, basta para desintegrarlo»¹⁷.*

Sin embargo y contra todas las argumentaciones que él mismo esgrime de modo hartamente persuasivo para convencernos de la consistencia onírica del hombre, de la inexistencia del tiempo y del mundo objetivo, concluye su ensayo aferrándose a una realidad que duele dentro suyo, su propia existencia :

«And yet, And yet ...Negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico, son desesperaciones aparentes y consuelos secretos. Nuestro destino... no es espantoso por irreal, es espantoso porque es irreversible y de hierro. El tiempo es la sustancia de la que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río, es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente es real; yo desgraciadamente, soy Borges»¹⁸.

Hemos indagado sobre la identidad personal en Borges. Vimos que para la filosofía es una exigencia de la racionalidad. Borges, que lo siente así, apela a su universo de ficción y de este modo nos introduce, con total lucidez, en un laberinto sin salida. Buscamos la identidad, siguiendo sus pensamientos, en las imágenes de los sueños, en la contingencia y finitud del hombre, en la memoria, o en uno de los términos de una disociación. Finalmente, debemos aceptar que se nos escurre entre los dedos como un juego de imágenes en múltiples espejos- también un laberinto- siempre presentes, pero inalcanzables.

Como es habitual, Borges deja abiertos senderos posibles y alternativos. Si bien se puede elegir transitar uno de ellos, como Hamlet, ser o no ser, ha sembrado la duda en el lector y, creo yo, disfruta con ello. Simbólicamente patentiza la dificultad de la cuestión y quizás, la imposibilidad de ser, a lo largo de una vida poblada de sueños, misterios y conjeturas, idéntico a sí mismo.

¹⁶ O.C. Tomo I, *Otras Inquisiciones*, p. 770

¹⁷ *Ibid*, pag. 765

¹⁸ *Ibid*, pág. 771